



La sequía

PROBLEMA SECULAR DE LOS PAÍSES MEDITERRÁNEOS

Después de tres años, por lluviosos, placenteros, el agua vuelve a estar en el primer plano de la actualidad, señal inequívoca de que una nueva sequía, aún no reconocida de manera oficial, nos amenaza. Observando las series climáticas de los últimos tiempos, no sería extraño que aún resten otros dos años secos, en cuyo caso el problema, que con claridad ya atisbamos, no habría hecho más que comenzar. Con todo, es bien sabido, la estadística no tiene memoria. Tal vez ese protagonismo hídrico actual que promete intensos debates en el marco de la campaña electoral que ya llega, se convierta, por mor de un otoño lluvioso, en agua de borrajas.

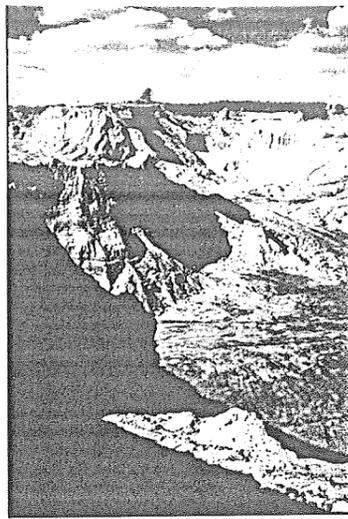
Vivimos, ciertamente, en un área mimada por la naturaleza. Sé que por obvio y por ser parte interesante no debo insistir en ello. Lo sé. Pero sí es válido el imparcial testimonio de los ciudadanos que, en número creciente, pasan entre nosotros sus vacaciones, presidente Aznar incluido. Tenemos pues, una tierra privilegiada, calificativo en gran medida debido al clima mediterráneo que disfrutamos, clima que, por otra parte, tiene derecho a cobrar su peaje en forma de periódicas sequías. Éstas deben ser contempladas como un evento natural porque, ni son un invento moderno, ni son maldición divina.

Y es que, al menos en este mundo, la felicidad com-

pleta no existe. Es ésta una idea en la que me gusta insistir cuando hablo de sequías. Como también me gusta recordar la crónica más hermosa que sobre una sequía jamás se haya escrito en lengua castellana. Dice así: "Era el caso que aquel año habían las nubes negado su rocío a la tierra, y por todos los lugares de aquella comarca se hacían procesiones, rogativas y disciplinas, pidiendo a Dios abriese las manos de su misericordia y les lloviese; y para este efecto la gente de una aldea que allí junto estaba venía en procesión a una devota ermita que en un recuesto de aquel valle había. Don Quijote, que vio los extraños trajes de los disciplinantes, sin pasarle por la memoria las muchas veces que los debía de haber visto ...". Es decir, en tiempos de Cervantes, como en los del rey David, las sequías no han faltado a sus periódicas citas y así lo seguirán haciendo.

Ciertamente tenemos las mismas sequías aunque ubicadas en un marco bien diferente. Éste se ha configurado a lo largo de los últimos cien años que, sin duda, constituyen el siglo de oro de la ingeniería civil aplicada a la hidráulica. Los años de "vacas flacas" necesitaban el sobrante de los años generosos. Y como resultado del imponente esfuerzo realizado, España ha pasado a ser líder mundial del indicador "presas por número de habitantes", siendo sólo superada en el "ranking" absoluto,

número total de presas, por la India, la China y los EEUU. Esta política de regulación de recursos, pagada por el Estado en su práctica totalidad, ha permitido que el consumo creciera también al mismo ritmo y, es importante decirlo, sin el menor control y con escaso criterio de ahorro. Siendo el agua, prácticamente, "gratis total" no podía ser de otro modo. El resultado es la paradoja más notable de nuestra actual cultura:



ni se ahorra, ni se inventa, ni se valora económicamente un recurso natural unánimemente calificado de precioso y escaso.

Sin olvidar el uso industrial, antaño inexistente, la superficie regable es hoy muy superior a la que regaban nuestros abuelos. De otra parte, el consumo urbano ha crecido con el número de habitantes y con el nivel de vida y, pese a que sólo representa un porcentaje discreto del total de la demanda (en torno al 12%), el riesgo de falta de suministro es alto, toda vez que la población se concentra en las áreas que, por albergar los riegos tradicionales, mayor déficit hídrico tienen. Como además estas zonas constituyen los principales destinos del turismo, con toda la actividad de ocio que este uso comporta (campos de golf, parques temáticos y acuáticos, etc.) la vulnerabilidad del sistema en épocas de sequía es más que evidente. Y como quiera que las restricciones en abastecimientos urbanos tienen gran trascendencia social, la publicidad queda garantizada, la opinión pública sensibilizada y los políticos en pie de guerra. Nada de todo esto existía en el otro siglo de oro, el literario de Cervantes.

El panorama, cada vez más preocupante y no por la exclusiva culpa de la sequía es, en síntesis, el siguiente: Los recursos existentes están, en términos generales, bastante bien regulados. Con todo, y pese a tanta presa

y algún trasvase, aún queda un cierto margen de maniobra, si bien fuertemente cuestionado por los grupos ecologistas. Los consumos siguen creciendo sin control y compitiendo entre sí en épocas de sequía. La cultura del usuario sigue basada en que el Estado tiene la obligación de resolver todos los problemas hídricos. El precio

del agua continúa invitando al despilfarro. Y, en fin, la Administración sigue tratando de llevar agua a los lugares que la solicitan mientras que, dada su estructura y vocación, ni controla ni audita los consumos.

Amenizando todo este escenario aparecen periódicamente unas sequías que recuerdan la necesidad de introducir un punto de inflexión en la dinámica seguida en los últimos cien

años. Evidencian que el rumbo que venimos siguiendo se está volviendo insostenible. La historia, ha configurado un raro y complejo equilibrio entre los intereses de los diferentes usuarios que permanece razonablemente estable hasta que una sequía nos visita. Ciertamente, y por las razones expuestas, las periódicas perturbaciones que aquella introduce son cada vez mayores, por lo que el nerviosismo va en aumento, y con él, la necesidad evidente de cambiar el rumbo.

A los políticos les corresponde el protagonismo, también el riesgo, de introducir los cambios. Conviene decir por lo visto en los últimos años que, en temas de agua no existen ideologías. Las posiciones que se defienden se corresponden con los intereses regionales que se representan. Y una frase viene a sintetizar el único credo hídrico existente: ¿Funciona? ¡No lo toques! El ciclo hidrológico que nos llega desde los EEUU indica con claridad que, en política del agua, España tampoco es diferente.

Es evidente, y desde la óptica del político comprensible, que mientras el sistema funcione nada se quiera cambiar. También es claro que pronto o tarde una sequía, tal vez la que ahora comienza a enseñar sus garras, evidencie que no podemos seguir con una política del agua ya centenaria. Pero, dados los poderosos intereses creados, ciertamente deben ser garras de león, que no de gato, las que convenzan a quien corresponda. De hecho, y a los efectos del cambio de rumbo, la última sequía (1991-95) para nada sirvió pese a que, durante esos largos años, más de diez millones de habitantes soportaron cortes de agua tercermundistas. Y es que, como dice un buen amigo israelí, las crisis profundas son, lamentablemente, necesarias. Así es la condición humana. Si sabrán ellos de esto.

ENRIQUE CABRERA
GRUPO MECÁNICA DE FLUIDOS
DPTO. DE INGENIERÍA HIDRÁULICA Y MEDIO AMBIENTE